

## **Homenaje al Embajador Igor Velázquez Rodríguez (1933-2005)**

**Academia Diplomática, 3 de febrero de 2015**

### **Palabras de la Directora, Embajadora Liliana de Torres-Muga**

Señor Embajador Gonzalo Gutiérrez Reinel, Ministro de Relaciones Exteriores, y quienes le acompañan en la mesa: Sonia querida, Embajador Oscar Maúrtua, Embajadora Nita Gamio de Barrenechea, Presidenta de la Asociación de colegas en retiro;

Señor Embajador Jaime Cacho-Sousa;

Señor Embajador Alberto Salas Barahona, Secretario General;

Señores exViceministros, Embajadores Hugo Palma y Alejandro Gordillo;

Señores embajadores y colegas, en actividad y retiro;

Señores profesores;

Queridos alumnos;

Señoras y señores:

Muy buenas tardes.

Bienvenidos a la Academia Diplomática, a la Casa Igor Velázquez Rodríguez.

Solo unas cuantas palabras, con mucho agradecimiento por vuestra amable presencia en esta actividad.

Como sabemos, estamos reunidos para tributar un justo homenaje al Embajador Igor Velázquez Rodríguez, quien hace diez años, el 27 de enero de 2005, emprendiera viaje al más allá, dejando en esta Casa, que lleva su siempre recordado nombre, una estela de cariño, de enorme agradecimiento hacia su inolvidable persona.

La presente ceremonia ha sido coordinada con los Embajadores Nita Gamio y Carlos Higuera, Presidenta y Vicepresidente de la Asociación de Funcionarios Diplomáticos en Retiro, a la que nuestro querido Igor perteneciera durante la década final de su existencia.

Agradecemos al señor Ministro su presencia en este acto institucional. Me parece recordar que el Embajador Igor Velázquez fue uno de los primeros jefes que tuvo nuestro actual Canciller. Un verdadero privilegio.

También recuerdo que hace algo más de diez años, en los primeros meses de 2004, estuve en una ceremonia en Torre-Tagle, al igual que muchos de los aquí presentes. En esa ocasión, el entonces Canciller Manuel Rodríguez Cuadros impuso al Embajador Velázquez la condecoración de la Orden “El Sol del Perú”, grado de Gran Cruz; y le agradeció vivamente en nombre del Gobierno, del Ministerio, del Servicio, por la donación del inmueble en el que ahora estamos, para sede de la Academia Diplomática.

Recuerdo además las palabras de Igor, con emoción, con su usual simpatía, hablando de sus maestros, colegas, de sus muchos años en el Ministerio, y de las futuras generaciones del servicio, con muy buenos augurios.

Nuestra institución tiene una deuda de eterna gratitud con nuestro benefactor, quien sirve de permanente inspiración a los alumnos. Su retrato ilumina esta actividad.

Considero que Igor no fue un repetidor de patrones tradicionales, sino que su desempeño trascendía los parámetros clásicos. Pragmáticamente, y con su característico tino diplomático, armonizaba su ejercicio profesional con los casos que debía manejar. Poseía una aguda percepción para conocer la esencia de problemas y situaciones. Exponía sus razonamientos con claridad y convicción.

Así fue hasta el final. Sabía que pronto ingresaría al túnel de la eternidad y lo hizo sin perder la calma, con mucho coraje. Al visitarle en la clínica, mi esposo Pepe y yo fuimos testigos de su gallardía, de su tranquilidad de espíritu, que siempre le acompañó.

Señor Ministro, queridos colegas, queridos amigos:

La Academia reitera su reconocimiento a todos ustedes por haber accedido a esta convocatoria de la Academia y de la Asociación de jubilados. Ponemos énfasis en quienes harán uso de la palabra.

Concluyo destacando nuestra profunda satisfacción por la presencia de la familia del Embajador Velázquez: El Embajador Jaime Cacho-Sousa, su esposa Sonia, hermana de Igor; los hijos de ambos, Jaime, Manuel y Marisol Cacho-Sousa Velázquez. A la distancia, asociamos a la muy querida hija de nuestro homenajeado, Tatiana, residente en los Estados Unidos.

Muchas gracias.